

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Tribus urbanas: aproximaciones disciplinares.

Hurtado, Silvia Marcela.

Cita:

Hurtado, Silvia Marcela (2009). *Tribus urbanas: aproximaciones disciplinares. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1116>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

TRIBUS URBANAS: APROXIMACIONES DISCIPLINARES

Silvia Marcela HURTADO

Introducción

Para conocer la problemática de las *tribus urbanas* se debe comenzar analizando los jóvenes y el proceso de constitución de su identidad en el actual contexto social. ¿Cómo es la trama de vínculos y relaciones sociales en la que se mueven los jóvenes?. Una mirada desde lo sociológico indica que las consecuencias de la globalización se manifiestan en una apatía hacia la actividad social y política. Esto los lleva a recluirse en sus grupos más próximos, a la vez que se evidencia un debilitamiento de los referentes morales y simbólicos que cohesionan a la sociedad en general.

Cuando no hay normas que producen pautas de conducta estables, los grupos se desintegran, se debilitan los lazos de solidaridad afectiva que unen a los individuos a la sociedad y lo que se produce es la desafección respecto al orden social y un repliegue hacia el individualismo. En este sentido las *tribus urbanas* aparecen respondiendo necesidades de afectividad que los adolescentes no encuentran en su familia y sí en su grupo de pares, que tienen las mismas carencias.

Son la expresión de una crisis de sentido a la cual los arroja la modernidad y la posmodernidad, pero también constituyen la manifestación de una disidencia cultural o una resistencia ante una sociedad desencantada, donde todo parece correr en función del éxito personal y el consumismo alienante.

A continuación se analizarán los orígenes en el tiempo de las *tribus urbanas* y se establecerá una comparación con los grupos emergentes actuales. De manera descriptiva se establecerán las características y se intentará hacer una lectura desde la Historia y desde la Sociología sobre este nuevo fenómeno social.

Los pioneros: “hippies” y “rockeros”

Los antecedentes se remontan a la década del 60' cuando la juventud irrumpe con su protagonismo de los cambios sociales y culturales de la época. Una ola de

movimientos sociales se produce en Europa, Estados Unidos y América Latina que tenían los siguientes propósitos:

- Sus simpatizantes provenían de todos los sectores de la estructura social
- Su propósito era provocar cambios globales en la escala de valores
- A nivel organizativo se caracterizaron por el pluralismo, la democracia de base, la descentralización y antiautoritarismo
- En sus formas de acción predominaban las movilizaciones callejeras y el uso de los medios de comunicación.

La modernización socioeconómica alentó el consumo de bienes culturales que modificaron el comportamiento social de amplios sectores. El *american way of life* se había impuesto, como modelo dominante, a toda la vida social y cultural. Este “estilo” se expandió rápidamente por los *medios masivos de comunicación* que estimulaban el consumo fuertemente. Para triunfar en la vida había que manejar tal automóvil, beber determinada gaseosa o vestir la ropa de los famosos. Incluso las manifestaciones artísticas eran impuestas por la propaganda: había nacido la *cultura de masas*, en la que era más importante la difusión que la creación artística misma. Tenía más valor lo más conocido que lo más creativo o mejor producido. Prevalecía lo comercial sobre lo artístico.

La complejidad de este proceso de cambio cultural estuvo dada, también, porque los modernos medios de difusión (radio y televisión, principalmente), controlados por los países centrales, comenzaron a irradiar a todas partes del globo terráqueo que sus valores y hábitos culturales – que correspondían al mundo occidental y cristiano – era a “lo que se debía llegar”, frente al ateísmo comunista. A estas ideas se las reforzaba con la aparición de héroes dotados con superpoderes – Superman o el Capitán América – que protegían al mundo occidental de la constante amenaza de sus “enemigos” (los países de la cortina de hierro).

Frente a esta influencia cultural, marcada y guiada por la sociedad de consumo, nacieron pensamientos alternativos. Surgieron grupos que planteaban otros valores, otras ideas que cuestionaban los modos de relación y el sistema político de la época. Fueron movimientos que cuestionaron la forma en que estaba ordenada la sociedad y que se pronunciaron por alternativas de vida distintas a la de sus mayores. Estas voces fueron, a veces, *subculturas* que expresaron a subgrupos de la sociedad como fueron los jóvenes que utilizaron una manera particular de vestirse, hablar, etc. o auténticas

contraculturales, es decir corrientes de opinión que planteaban valores contrarios a los predominantes en la sociedad de la que eran parte.

Todos dieron muestras de inconformismo, rebeldía y resistencia a la imposición cultural a la que se sentían sometidos. Los jóvenes pensaron que no había que esperar mucho más para conquistar un mundo nuevo porque estaban convencidos de su lugar en la sociedad y creían que sólo hacía falta solidarizarse con los trabajadores, tomar la decisión de participar y conducir los cambios necesarios para fundar un mundo mejor, democrático y sin guerras, un mundo en que no hubiera ricos y pobres, sino personas entrelazadas por la libertad y el amor. A esta profunda confianza en una sociedad más justa y solidaria se sumó la visión de que *era posible* y, además, *estaba cerca*.

La idea de una sociedad nueva implicó expresiones culturales alternativas que se oponían al orden vigente. La denominada *cultura beat* fue la expresión de esta generación que no creía en los mitos de los adelantos científicos que habían producido la mecanización, ni en la adoración del dinero como medio de satisfacción. Las manifestaciones *underground*, sin circulación comercial, eran típicas representaciones de una búsqueda por separarse de una sociedad que consideraban arbitraria y falsa. En ella los hombres – afirmaban – habían perdido la capacidad de comunicarse y vivir, producto de los bombardeos publicitarios que alentaban únicamente la superficialidad del confort: el auto, la casa, el televisor, etc.

Es cuando nacen los “hippies” que conformaron una corriente sumamente relevante de oposición a la cultura dominante y los “rockeros”. Porque los chicos y chicas que protagonizaron las rebeliones estudiantiles se movían al ritmo del “rock and roll”, adoptaban nuevas formas de vestir (las minifaldas, los suecos, los jeans, las vinchas, etc.), se enfrentaban a la guerra de Vietnam, al militarismo y al nacionalismo de la época. Se destacaron por un espíritu contestatario, libertario y vanguardista. Su idea de autonomía se resumía en unas pocas palabras: “*no me liberen, yo me hago cargo*”.

Pero, esa poderosa idea suponía una profunda transformación de las relaciones en el interior de las sociedades. El clima de época está caracterizado, entonces, por el rechazo o el cuestionamiento –fundamentalmente por parte de los jóvenes de los sectores medios - de los modelos socioculturales heredados. Es, en este sentido, que se puede hablar del surgimiento de una generación: los jóvenes de la década del '60 construyeron y compartieron una cultura diferenciada y en fuerte oposición a la de sus padres y abuelos (los estudiosos sociales la denominaron

contracultura); una verdadera **revolución cultural** que se expresó en diferentes experiencias individuales y comunitarias.

Esta nueva cultura (o *subcultura juvenil*, como también se la llamó) no fue compacta ni monolítica; por el contrario, reconocía manifestaciones diversas, expresiones múltiples y una variedad de símbolos que dan cuenta de una convivencia de sentidos dispares. Esta heterogeneidad podría representarse, tan sólo a modo de ejemplo, a través de tres iconos de época:

- ✓ el joven *hippie* pacifista oponiéndose a los modelos de consumo de la sociedad norteamericana;
- ✓ el joven *guerrillero* combatiendo las estructuras económicas y políticas en los países latinoamericanos;
- ✓ el joven *intelectual* bohemio de las ciudades europeas descartando el pensamiento “tradicional y anquilosado” impartido en los claustros universitarios.

Es necesario aclarar que aquellas imágenes no correspondían a experiencias claramente diferenciadas. Lo más probable es que los valores, la estética y las prácticas encarnados en cada uno de esos “iconos”, hayan coexistido y se hayan conjugado de manera particular en cada uno de los sujetos. Es probable, también, que las contradicciones y los contrasentidos hayan estado presentes en muchas de estas conjugaciones.

En cuanto a los “hippies” su lema era: “amor y paz”, valores que reivindicaban fervorosamente. Tomaron para ello ciertos postulados teóricos del budismo, del hinduismo y de las religiones de los pueblos originarios americanos. Se distinguían por vivir en comunidad, por lo cual mantenían una distancia prudencial con el resto de la sociedad. Al rechazar al “sistema” (esto es sociedad de consumo, materialismo, discriminación y racismo) se sentían muy preocupados por preservar el equilibrio de sus propias comunidades y por difundir dicho equilibrio, paz y amor a la totalidad del conjunto social. Su frase predilecta: “*hagamos el amor y no la guerra*”.

Se pregonaba la importancia del contacto con la naturaleza tanto como la libertad del espíritu, del cuerpo y de la mente. Creían en el amor libre. Cuestionaban aquellos temas que se consideraban tabú y por esa necesidad de romper con los dogmatismos protagonizaron una revolución sexual y se dieron permiso para el consumo de diversas sustancias alucinógenas (marihuana, LSD y otros)

Escuchaban rock psicodélico y también canciones de protesta y pacifistas en las que denunciaban injusticias y proclamaban la necesidad de unión y comprensión entre

los hombres y, sobre todo la necesidad de amor. Algunos de los intérpretes más destacados fueron Bob Dylan, John Lennon, Janis Joplin, Joan Baez, Jimi Hendrix, entre otros.

La vestimenta de los “hippies” mostraba su desacuerdo con el orden establecido: los varones llevaban el cabello largo y suelto, que adornaban con vinchas, pañuelos o trozos de tela utilizados como bandanas. La ropa era generalmente suelta, de telas livianas como seda, gasas, bambulas: blusas anchas con bordados, pantalones llamados “Oxford” o “pata de elefante”, de tiro alto, faldas largas hasta los tobillos, con vuelos y recortes, estampadas y coloridas, sandalias con plataformas. Los accesorios tenían preponderancia las fajas, cinturones anchos, pequeñas carteras que se llevaban cruzadas (las “bandoleras”), abundantes collares, aros y pulseras que remitían a las culturas de los pueblos africanos, que vivían momentos de gran convulsión en función del proceso de descolonización política de la década del 60’.

Actualmente, la estética de los “hippies” es mantenida por ciertos grupos de jóvenes – aunque en menor proporción – vinculados a las carreras artísticas o del campo de las ciencias humanas y sociales. También son exponentes los artesanos, quienes se congregan en ferias o predios para exponer sus trabajos (pulseras, anillos, collares, cinturones, tejidos, bolsos, cuadros, elementos de decoración de vidrio o madera y prendas de bambula con el estampado de *batik*), los cuales comercializan para su manutención.

En cuanto a los “rockeros” son los cultores del *rock and roll* que surgió como género musical en Estados Unidos. En sus inicios se fusionaron elementos provenientes del *blue*, *boogie woogie* y *jazz* con influencia de música *apalaches*, *gospel*, *country* y *western especializado*. El estilo es una conjunción rítmica que se cimenta especialmente sobre la música negra. A partir de los años 60’ se convierte en un fenómeno cultural y musical que se extiende alrededor del mundo, con especial llegada al público de occidente.

La estética de los cultores del rock incluye pantalones y chaqueta de cuero, pantalones de jeans, camiseta blanca, el cabello corto adornado con un jopo o “tupé” y patillas. Su aspecto hace referencia a la figura de James Dean en *Rebelde sin causa*.

Hay que hacer una distinción entre los rockeros de América Latina. Por un lado, se encuentran los cultores del *rock and roll* clásico y, por otro, se hallan quienes se identifican con la estética y la música del “*rock en español*”, del “*rock nacional*” y los de las producciones entre los países latinoamericanos.

Entre los primeros se encuentran jóvenes de mediana edad y hasta adultos jóvenes. Su referencia es el *rock and roll norteamericano*. Se distinguen los que llevan el jopo y las patillas al estilo Elvis Presley, camisas ceñidas, chalecos cortos, pantalones de jeans con los puños recogidos mostrando el revés de la prenda con inscripciones de la banda musical favorita estampada en la espalda. Como calzado se destacan las botas tejanas o del estilo Harley Davidson con hebillas y punteras de importancia. Las mujeres también usan blusas, vaqueros con los puños doblados y botas. Las más osadas eligen camisetas escotadas, faldas tubo con medias de color, zapatos de taco y chaquetas cortas. Muchos se transportan en motocicletas con cierto aire nostálgico de los años cincuenta.

Diferente es el caso de los adeptos al *rock en castellano o el rock nacional* que cobra especial relevancia a partir de la recuperación de la democracia en América Latina. Quienes eligen este tipo de expresión comparten la estética del rockero tradicional (pantalones y chaqueta de jeans, camisetas con el logotipo de la banda favorita, botas o zapatillas de lona) pero se inclinan por propuestas musicales que dan cuenta de la realidad de sus países y de la región.

Su filosofía se vincula especialmente con la exaltación de valores como la libertad, la justicia, la igualdad y las letras expresan el derrotero social, económico y político que viene siguiendo América Latina desde los años 80' a esta parte. En ellas se plasma una crítica social, a modo de pronunciamiento frente a las duras condiciones de vida que afectan a la región. Entre sus intérpretes están Charly García en Argentina, Los Prisioneros en Chile, La Maldita Vecindad en México.

A partir de la década de los 90' los grupos musicales se expanden de modo notable en los diferentes países latinoamericanos. En Argentina se constituye un fenómeno particular: el *rock chabón o rolingas*. Estos constituyen un grupo formado mayoritariamente por adolescentes fanáticos de los Rolling Stones, a quienes admiran, siguen su trayectoria musical, consumen su música y emulan el estilo de la legendaria banda británica.

La estética de los *rolingas* se distingue por el flequillo recto y corto, el cual intenta imitar el estilo de Mick Jagger en la década del 60, que se acompaña de cabello largo y lacio en las mujeres y de largo medio y con movimiento en los varones. Ambos llevan pantalones sumamente ajustados, al estilo "bombilla", pañuelos atados al cuello, alguna insignia de los Rolling Stones, que puede hallarse en tatuajes, collares, colgantes, mochilas, remeras, chaquetas, etc.

La vestimenta incluye superposición de camisetas con las mangas de distinto largo, de modo tal que se noten; jeans gastados o jardineros con un tirador desabrochado, gorritas con viseras, mochilas invadidas de *pins* alusivos al grupo; zapatillas de lona; pañuelos; collares con los característicos labios y lengua rojos, isotipo de la banda inglesa. Muchos de los seguidores experimentan con drogas alucinógenas y consumen alcohol - preferentemente la cerveza - a la hora de reunirse en grupos para ir a un concierto o simplemente pasar el momento.

El *rock chabón* asume una posición frente a la vida que va asociada a las experiencias personales y sociales de los jóvenes de América Latina, sobre todo a partir de los 90'. En esta etapa adquieren difusión los músicos de los sectores populares y pasa a ser expresión de aquellos a quienes les apesadumbra y duele que el mundo de sus padres haya dejado de existir por eso sus temáticas son las experiencias de los trabajadores, de la marginación que sufren y de su lucha por hacerse de un lugar en la sociedad que no los comprende. Suelen recrear, por ello, espacios de reunión propios como una esquina del barrio, un concierto, un sitio determinado de la ciudad, etc. para juntarse con sus pares y mitigar el dolor que les produce la amenaza de exclusión social.

La música alude a las peleas callejeras y a un rechazo hacia la policía, a quién consideran guardiana de los poderosos y cómplice de la explotación que ellos sufren. Mantienen una actitud de oposición al sistema y de contestación a las injusticias sociales. Cabe destacar que existen muchos jóvenes que adoptan la indumentaria y las características de este grupo, comparten el gusto por la música pero no han transitado por experiencias críticas por lo tanto su adhesión a este grupo es estética.

La era del desencanto: emos y floggers

Los jóvenes de hoy no comparten la experiencia social que daba sentido al movimiento "hippie" de los 60'. Sino que viven otro derrotero que el de entonces y han hallado otra modalidad de expresión para manifestar lo que ello les representa. Por el contrario, ese mundo no guarda demasiados puntos de contacto con la juventud actual. Más bien el "hippie" encarna las vivencias de otro tiempo del cual toman ciertos elementos, los reciclan y los utilizan en la composición de su imagen personal pero sin el sustento teórico que tenían los jóvenes de los 60'.

El énfasis está dado hoy en la apariencia física. El estilo y la presentación que adoptan – fundamentalmente la ropa, el maquillaje, el peinado y los accesorios –, el esmero con que se preparan y se “producen” para el encuentro con sus pares es determinante. De acuerdo con la estética y la presentación resultante, los jóvenes son reconocidos e integrados al grupo; o bien son rechazados y relacionados con otras agrupaciones. Este esmero y prolijidad que invierten en su caracterización se vincula justamente con la búsqueda de identidad. Intentan que el modo en que se muestran los diferencie del resto y van construyendo así sus rasgos de identidad.

Legado a este punto cabe aclarar a qué se hace referencia cuando se habla de *tribus urbanas*. Es un fenómeno actual que el sociólogo francés Michel Maffesoli ha analizado en su libro “El tiempo de las tribus” (1990). Allí utiliza el término “saturación” para describir una de las principales características de este periodo, en el cual los valores del modernismo – fe en el futuro, en el progreso, en el predominio de la razón – se ha producido una fatiga, un hartazgo, un desgaste del modelo. De allí la acentuación del presente en contra el mito del progreso; el retorno al afecto, al sentimiento por oposición a la racionalidad; y se da paso a otra: lo más importante es el estar juntos por el simple hecho de estar juntos.

Como categoría antropológica, la tribu siempre existió. La define como grupos que son independientes unos de otros, tanto en su vida social como en su organización política; que cuentan con un número definido de integrantes; que comparten una misma cultura; que se ven motivados a interactuar a partir de una serie de relaciones y que habitan un territorio común, que en general les pertenece.

Maffesoli utiliza el término para aplicarlo a un fenómeno que se da en un ámbito urbano, en donde grupos de jóvenes ganan espacios y marcan territorios: una esquina, un barrio, un centro comercial (shopping), una plaza. Estos son sus puntos de encuentro. Pero este concepto ya fue aplicado con anterioridad por la Escuela de Chicago cuando estudió sobre las bandas juveniles callejeras. Estas asociaron sus conductas con formas delictivas o “desviadas” y a sus integrantes se consideraron personas anómicas. Aunque otros estudios sobre las pandillas destacaron la solidaridad interna de estos grupos, la lealtad entre sus miembros, los lazos afectivos, la ayuda que se brindan unos a otros como algo positivo.

En las últimas décadas, el fenómeno de las *tribus urbanas* vuelve a cobrar especial relevancia. En su versión contemporánea alude a grupos de jóvenes que construyen un conjunto de reglas propias, que les permiten distinguirse de otras

agrupaciones, y además se definen y comparten un territorio dentro de la ciudad, en la cual interactúan.

La *tribu urbana* funciona así como un ámbito que congrega a los “semejantes” (los que son como nosotros) y que aparta a los “diferentes” (los otros que no son como nosotros). Esta confluencia de pares ayuda a quienes viven en la sociedad de masas, de grandes dimensiones y en donde el encuentro interpersonal parece ser cada vez más difícil, salir de su “encapsulamiento”. Es decir, dejan de refugiarse en sí mismos, en su individualidad, y se funden en la experiencia y en la identidad que les brinda el hecho de ser parte de una tribu.

Se puede destacar aquí una de sus características: sus miembros necesitan vincularse con otros que sienten y viven lo mismo que ellos, a quienes consideran “únicos en su especie”; en razón a esto se acercan a un agrupamiento y se incluyen en él. Pero, a pesar de que cada tribu quiere diferenciarse del resto de los grupos se muestra uniforme: viste del mismo modo, asume conductas y gustos similares, defiende causas de semejante índole, entre otras cosas.

Otra característica es el aspecto físico – vestimenta y presentación –, el gusto musical y el lenguaje que los distinguen entre de las diferentes tribus. Cada grupo utiliza términos que tienen un significado preciso dentro del grupo y difícilmente una persona de ajena lo comprenda. El uso de estas “jergas” apunta a describir las prácticas del grupo y da cuenta de lo que hacen cotidianamente y cuando se encuentran. Muchas de las palabras o de las frases son tomadas de las letras de las canciones, escritas por sus intérpretes favoritos y, luego, utilizadas en los hechos diarios. La consigna es mantener cierta originalidad y también evitar ser comprendidos por los adultos o por otras tribus.

Michel Maffesoli señala, además, las siguientes características:

- Constituyen comunidades emocionales: donde establecen lazos amistosos, contacto y comunicación en una sociedad como la actual, tendiente al aislamiento por ello sus emociones son intensas y compartidas que le dan sentido a sus vidas.
- Tienen una “energía subterránea” que pide ámbitos y oportunidades de expresarse: desarrollan una serie de actividades en las que exponen su modo de sentir y de comprender el mundo, tal es el caso de los recitales o fiestas electrónicas.
- Recrean una forma particular de vincularse, de relacionarse: cuyo pilar es el grupo y lo que se vive y comparte en su interior. Se hace hincapié en las experiencias que se generan y se suceden en el grupo y en los lazos que constituyen sus integrantes.

➤ Constituyen tiempos y espacios en los cuales compartir lo que se tiene en común es de un modo intenso que involucra, además, el contacto físico: la interacción es potente y a la vez intermitente. Los festejos tienen una duración limitada – la cita es por la tarde o por la noche – y cuando concluye probablemente no realicen sus otras actividades cotidianas (ir a la escuela, por ejemplo) vestidos y hablando en los códigos del grupo. Sin embargo, el sentido de pertenencia y la cercanía tanto física como afectiva se mantiene en cada ocasión en la que se genera el encuentro.

En síntesis, se puede decir que las *tribus urbanas* representan un modo de expresión de los jóvenes actuales que les sirve para darle significado y una cierta intensidad a la experiencia personal; para desarrollar lazos de afecto con otros sujetos; para encontrarse y compartir con pares, con otros que sienten como ellos; para elaborar su imagen social, su aspecto, la forma que se muestran ante los demás.

Las *tribus urbanas* ofrecen a las jóvenes generaciones la posibilidad de recrear formas de socialización, de confluencia y de reunión y también de conocimiento de sí mismo. Esta manera de aprender a mirar y descubrir lo propio – al mismo tiempo establece vínculos y se relaciona con sus semejantes – da pie a la recomposición de la solidaridad que se ha perdido o roto a fines del siglo XX y comienzos del siglo XXI.

A continuación se describirán las características de algunos grupos: los “emos” y los “floggers”, con mayor vigencia en la actualidad.

Los “emos” son una *tribu urbana* de aparición reciente. Su denominación deriva del inglés “emocional” y se remonta al género musical surgido en la década del 80’ (el emotional hard core). Esta integrada por jóvenes entre 13 y 17 años que se distinguen por una posición melancólica y por expresar sus sentimientos, en especial la tristeza, la desesperanza y la incompreensión que perciben de los adultos. Por ello son más bien introvertidos, tienen conductas depresivas y antisociales, se autflagelan para liberar su dolor del alma y trasladarlo al dolor físico.

Se distinguen por una estética particular: en las prendas de vestir predomina el negro, que es matizado con detalles de color morado, rosa, fucsia y tonos flúo. Hombres y mujeres usan camisetas estampadas, pegadas al cuerpo; pantalones y jeans muy angostos y ceñidos, camisetas ajustadas, con capucha; cintos con tachas y estrellas rosadas, símbolos que también se llevan en las morrales, en las hebillas, en el cabello junto con colgantes de corazones rotos y calaveras. Un accesorio infante es el piercing, en particular en las cejas, nariz y labios. Se calzan con zapatillas caña alta en negro o diferentes estampados y cuadros.

Una marca distintiva de este grupo es la forma en que se arreglan el cabello: utilizan un flequillo muy lacio que se lleva de medio lado y cubre un ojo o hasta esconde gran parte del rostro significando una protección contra la maldad del mundo que no quiere ver. La tonalidad del mismo es negro azabache que puede estar combinada con notas de color rojizo. El maquillaje es utilizado indistintamente por mujeres y varones, siempre de color oscuro, con lápices delineadores con los que destacan el contorno de sus ojos.

Aunque sostienen que realmente no están pensando en ser un movimiento social – como sí fueron los “hippies” – causan un impacto estético en los otros, lo cual demuestra su interés por ser vistos y tenidos en cuenta por los demás. Quieren *visibilidad* y su apariencia alarma a los adultos. Pero pueden considerarse pacíficos porque manifiestan no querer entrar en disputa con otros grupos aunque suelen recibir agresiones.

Se llaman “floggers” a un movimiento originado en Argentina el cual está estrechamente vinculado con el uso del sitio web gratuito: “fotolog.com”. Allí publican fotografías de sí mismos, de sus novios, de sus amigos y reciben comentarios de las mismas donde se muestran públicamente. Su popularidad se mide a partir de la cantidad de firmas o comentarios que reciben a diario en su flog.

Son jóvenes amantes de la estética corporal. Se viven autorretratando con su celular y suben sus fotos a la web y su máxima aspiración es ser famosos en Internet. Se reúnen en los shoppings o en algún sitio de la ciudad donde son visibilizados por los adultos y por las otras *tribus urbanas*.

Entre sus características se pueden citar la forma particular de vestir: pantalones ajustados, remeras, de colores estridentes, zapatillas de lona y tienen casas de comercio que venden sus prendas de marca. Los varones llevan el cabello en un largo medio y las mujeres lo usan de distintas extensiones, con cortes que destacan las formas irregulares. Lo común entre ambos es el flequillo recto o ladeado que oculta parte de los ojos.

En cuanto a su gustos musicales prefieren la música electrónica – techno – Y desarrollan un particular modo de bailar: el “pasito floggers”. Otra cosa que comparten es la jerga: una forma particular de comunicarse y un determinado vocabulario. Por ejemplo para solicitarle a otro que agregue su fotolog como favorito al propio y que lo incorpore como amigo virtual utilizan *effeame*; o sea inclúyeme en tu friends and favourites.

Su relación con la tecnología es fundamental y muy fluida. Disponen de teléfonos móviles con cámaras fotográficas, cámaras digitales de foto, computadores personales, notebooks o laptops. Acceden a la web desde la conexión que tienen en sus casas o bien desde máquinas de los ciber-café. No pasan un día sin chequear su flog y sin navegar por la “red de redes”, aunque alterna el encuentro virtual con el encuentro personal, que no deja de ser importante para ellos. La consigna fundamental es conocer gente y hacer nuevos amigos. La experiencia en el fotolog es para los jóvenes el lugar donde mostrarse, exponerse, compartir su espacio privado en un territorio impersonal, abierto, relativamente accesible, donde personas desconocidas emiten apreciaciones sobre lo que ven.

Los “floggers” despierta preocupación, dada exposición pública y masiva que suponen estas prácticas de los adolescentes que participan de este grupo. Si no se maneja con responsabilidad la web es un elemento que ofrece riesgos. Además ha sido blanco de muchas críticas por su frivolidad. La exhibición que hacen de sus prácticas hace que se los catalogue de buscadores de fama, superficiales, etc. También han protagonizado enfrentamientos en los lugares en que suelen reunirse con otras *tribus urbanas* lo que lleva a avizorar una distinción clasista a los que participan de este grupo.

Algunas consideraciones

Los adolescentes y jóvenes no son indiferentes a la mirada estereotipada y prejuiciosa de los adultos y la sufren con desilusión, frustración e incluso angustia. Ellos sienten que los mayores no los comprenden por la mirada censora y desaprobación con que los miran. La dificultad de los adultos para entender sus códigos se relaciona, por un lado, con el peso que tienen en nuestra sociedad ciertas expectativas con respecto a los jóvenes. Porque existe una imagen “oficial” en la que se listan una serie de conductas y rasgos que lo convierten en “normal”. El joven legítimo es el que condensa todas esas cualidades que se imponen – con violencia simbólica – al resto de ese grupo etario. Así del “joven normal” se espera que cumpla con lo establecido, que no cuestione las pautas sociales, que se adapte a ellas, las asuma y siga el camino preestablecido.

Lo que los adultos no tienen en cuenta es que en estos paradigmáticos momentos, nada es tan claro. Sino muy por el contrario, los cambios sociales producidos a partir de la globalización han llevado a romper el tejido social, donde hay una crisis de los valores que han regido hasta entonces y no se ha establecido en su lugar un nuevo pacto social que establezca un nuevo orden. Ante tanta incertidumbre los jóvenes actuales buscan establecer vínculos relativamente estables con sus pares que les ofrezca contención afectiva en un contexto en donde las disfunciones sociales parecen ser lo “normal”.

Las *tribus urbanas* como los “hippies” y “rockeros” en su momento, expresan un quiebre en la sociedad. Y así como los adultos de la década del 60’ no comprendían lo que los jóvenes reclamaban (justicia, paz, amor, etc.); los de ahora tampoco entienden a los jóvenes del 2010. Es también propio del choque generacional. El enfrentamiento con algo que se viene dando y que hay que cambiar también corresponde a la dinámica misma de las sociedades. El cambio es un fenómeno universal, aunque su ritmo varía considerablemente de una sociedad a otra e incluso dentro de una misma sociedad en distintos momentos de su historia, hace a la esencia de lo social y ahora más que nunca el impacto tecnológico ha agilizado los cambios de manera que son difíciles de absorber por la rapidez que tienen. La cultura de la sociedad está en constante transformación de manera que habrá que recrear nuevas soluciones para los viejos-nuevos problemas.

Bibliografía

Caffarelli, Constanza (2008), *Tribus urbanas, cazadores de identidad*, Bs.As., Lumen.

Costa, Pere-Oriol y otros (1996), *Tribus urbanas, el ansia de identidad juvenil: entre el culto de la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*, Barcelona, Paidós.

Feixa, Cárles (1998), *De jóvenes, tribus y bandas*, Barcelona, Ariel.

----- . ----- y otros (2002), *Movimientos juveniles en América Latina*, Barcelona, Ariel.

Macionis, John y Ken Plummer (1999), *Sociología*, Madrid, Prentice Hall.

Maffesoli, Michel (1990), *El tiempo de las tribus*, Madrid, Icaria.

Margulis, Mario (2000), *La juventud es mas que una palabra*, 2.ed., Bs.As., Biblios.

Obiols, Guillermo y Silvia Di Segni de Obiols (1998), *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria. La crisis de la enseñanza media*. Bs. As. , Kapeluz.

Terminello, Oscar (2008), *De las tribus a las maras: adolescencia en riesgo*. Bs.As., Bonum.